

MÓVILES

ADELA- *(Espera en el andén del metro, hablando por el móvil.)* ¡Hija, lo que tarda el metro...! Entre lo despacio que va y lo que cuesta, se ha convertido en un artículo de lujo para los que pueden perder mucho tiempo y mucho dinero. *(Pausa en la que escucha.)* No exagero, Claudia. Antes llegaba en veinticinco minutos a la consulta, y ahora en tres cuartos de hora. Y no sabes cómo se pone Eduardo si me retraso... *(Suspira.)* Es que esto de trabajar con el marido es mal negocio. No te puedes descuidar ni un minuto. Ayer me marché un poco antes para hacer la compra, pensando que ya no vendría nadie, y por lo visto apareció una paciente en el último momento y la tuvo que recibir él solito, y él cuida mucho las formas. Pensé que me iba a echar la bronca por no estar allí, pero luego no me dijo nada... Claro que a cambio me castigó el destino, porque con las prisas por largarme, perdí un billete de cincuenta euros que llevaba en el bolsillo del abrigo. Se conoce que se me cayó en la consulta al sacar el cinturón para ponérmelo, aunque Edu dice que no estaba allí. Para mí que se lo encontró la enferma esa que llegó al final y se lo guardó... *(Pausa. Seria.)* No, Claudia, como te digo una cosa, te digo la otra: Eduardo tendrá sus defectos, pero es un hombre honrado, incapaz de mentir ni de quedarse con nada que no sea suyo. Si lo hubiera encontrado, me lo habría dicho. *(Ruido de tren que se acerca.)* Oye, te dejo, que llega el metro, y vendrá hasta los topes de gente. ¡Con lo que ha tardado...! *(Apresurada.)* Venga, besitos. ¡Mua, mua!

(Entra en el vagón, abriéndose paso entre la gente. Se agarra a la barra del asiento donde va sentada BELÉN, muy arreglada, con el pelo largo y suelto.)

(Suena una musiquilla. BELÉN saca el móvil del bolso y se lo pone al oído.)

BELÉN- *(En voz alta.)* ¡Hola, Delia! Acabo de llamarte, pero estabas comunicando... Dime. *(Pausa.)* ¡No me digas! *(Impaciente.)* Bueno, escucha, que soy yo la que tengo que contarte... *(Entusiasmada.)* ¡Sí, sí! ¡Fue maravilloso! Y eso que después de hablar contigo, me quedé tan desinflada que empecé a ordenar los armarios en plan marujona, pero entonces me encontré un vestido rojo que me compré el año pasado, y me lo probé y me quedaba tan mono que pensé que era una lástima que no me lo viera nadie puesto... Total, que me animé y me fui para allá. Es que es mucho lo mío con ese hombre, desde que me trató aquella infección... Ya lo sabes tú. *(Pausa.)* Mujer, ¿qué excusa le vas a dar a un otorrino? *(ADELA pone cara de sorpresa.)* Le dije que me dolía la garganta, y él dijo que iba a echarme un vistazo, y me puso una mano en cada mejilla, con una dulzura... *(ADELA la mira, alarmada.)* ¿Qué iba a pasar? *(En voz más baja.)* Te lo puedes imaginar. Así, tan cerca, y con las ganas que nos teníamos... *(Sonriendo, ensimismada.)* Si es que se nos notaba a los dos, que no podíamos mirarnos a los ojos con naturalidad las pocas veces que he ido a su consulta. Que saltaban chispas, vamos. *(Pausa.)* Sí, ya sé que está casado.

ADELA- *(Respirando hondo. Para sí.)* Es otro. Hay muchos otorrinos casados...

BELÉN- *(Risueña, al móvil.)* Y no pretendo que deje de estarlo. Por lo menos de momento... ¿Qué quieres que te cuente? *(En voz baja.)* Nos besamos, nos abrazamos... ¡De todo! *(Pausa.)* Mujer, de todo no, porque yo le frené. Me daba apuro de que apareciera su ayudante u otro

paciente... Aunque, cuando llegué a la consulta no había nadie ya. (*Divertida.*) ¡No me digas que su ayudante es su mujer! ¡Anda, que si nos llega a pescar, vaya un marrón...! ¿Y tú la conoces? Tampoco yo la he visto nunca, o no me he fijado... (**ADELA** *le clava los ojos, furibunda, y BELÉN* *la mira, incómoda.*) Bueno, y para colmo de suerte, al entrar a la consulta me encontré en el suelo un billete de cincuenta euros. Sí, en el vestíbulo ese que hace de sala de espera. Allí estaba tirado, al lado de una sirena de mármol feísima, que es una lámpara...

(**ADELA** *se inclina sobre ella, enfadada, como si fuera a decirle algo.*)

BELÉN- (*Molestísima. Al móvil.*) ¡Claro que lo cogí! (*Con gesto de dolor, a ADELA, irritada.*) ¡Ay! ¡Me está tirando usted del pelo...!

(**ADELA** *se aparta de BELÉN de malos modos.*)

BELÉN- (*En voz alta.*) ¡Qué maleducada!

ADELA- (*Muy nerviosa, sin dejar de mirar a BELÉN.*) Me va a dar algo. Esto no puede estar pasando de verdad.

BELÉN- (*Al móvil.*) Es que tenía a una estúpida encima, escuchando lo que te contaba, con una cara de loca... Ahora se ha retirado un poco, pero sigue mirándome. (*Aparta los ojos de ADELA.*) Es como si me estuviera echando mal de ojo... No es que crea en esas cosas, pero a veces... Y lo mío ha sido demasiada suerte junta: Eduardo y los cincuenta euros. ¿No te da a ti miedo cuando todo te sale tan bien, como si después te esperara algo malísimo? (*Pausa.*) Pues serán supersticiones, pero me parece que voy a devolver ese dinero para quedarme más tranquila. Le diré a Eduardo que me lo encontré ayer en su consulta y que, con lo que pasó después, se me olvidó dárselo. Así, de paso hablo con él. (*Decidida.*) Te dejo, Delia. Voy a llamarle ahora mismo. ¡Claro que tengo su número de móvil! (*Se ríe.*) Me lo dio por si volvía a dolerme la garganta. Bueno, luego te cuento. Adiós. (*Cuelga y marca un número. Al auricular, sonriendo.*) ¿El doctor Vázquez? Hola, Eduardo. Soy Belén Bermúdez. (*Con coquetería.*) ¿Te acuerdas de mí?

(**ADELA** *sale del vagón, desencajada.*)

ADELA- ¡Menos mal! Me estaba mareando ahí dentro... (*Recapacita.*) Aunque esto no es posible. Sería demasiada casualidad que fuera mi Edu. Claro que también es casualidad que sea un otorrino y que tenga a su mujer como ayudante. Y, sobre todo, lo de los cincuenta euros. ¡Eso ya es la puntilla! (*Indignada.*) ¡Es la puntilla y si esto es verdad, yo...! ¡Yo no sé lo que hago...! (*Se pasa la mano por la frente.*) Pero Eduardo nunca me haría una faena semejante... Debo tranquilizarme y considerar el asunto con calma. Hablar con él... ¿Y qué le digo? (*Se mira el reloj. Con amargura.*) Sí, voy a llegar tarde, pero qué importa eso, si mi marido me ha puesto los cuernos? Aunque no es seguro que me los haya puesto... (*Suena un teléfono.*) ¿Quién será ahora? (*Busca en el bolso y saca el móvil. Mira la pantalla. Asustada.*) ¡Es él! (*Para sí.*) No le comentes nada ahora, así en caliente. Disimula. (*Se pone el auricular en el oído.*) Hola, cielo. ¿Qué pasa? (*Sorprendida.*) ¿Cómo? ¿Mis cincuenta euros? ¿Que acabas de encontrarlos en la papelera? ¿Y cómo han ido a parar ahí? (*Pausa. Malhumorada.*) No, yo no tiro el dinero sin darme cuenta. En todo caso se me caería el billete al sacar el cinturón del bolsillo y si la papelera estaba cerca...

(Reflexiona. Para sí, en voz baja.) Si los tiene él el billete, significa que esa mujer horrible se encontró cincuenta euros en la consulta de otro médico, y es ése otro con el que se ha liado... *(Eufórica, al móvil.)* ¡Qué bien, cariño mío! ¡Qué bien! *(Pausa.)* Nada: que me he puesto muy contenta. Al fin y al cabo, cincuenta euros son cincuenta euros. A la salida de la consulta te invito a una caña para celebrarlo... *(Decepcionada.)* Ah, que acabas de quedar con Francisco... Bueno, pues lo dejamos para mañana... Sí, ya voy para allá. Se me ha hecho un poco tarde... ¿De verdad no te importa? ¡Te quiero, Edu! *(Suelta dos besos al auricular y cuelga, sonriendo.)* ¡Qué alivio! *(Con reproche.)* ¿Cómo he podido sospechar de él? No es más que una coincidencia: otro otorrino cuya mujer le ayuda en la consulta, como yo, otro vestíbulo convertido en sala de espera, con otra estatua de sirena, que en realidad es una lámpara... *(Temerosa.)* Eso ya es más raro... *(Da un manotazo al aire, y se anima.)* Aunque tampoco tanto. Debe de haber muchas parecidas, porque estaban de moda cuando la compramos. *(Mira el móvil, que aún lleva en la mano.)* Voy a llamar ahora mismo a Claudia para decirle que Eduardo acaba de encontrar el dinero. Que se entere de que mi marido es un hombre íntegro, incapaz de engañar a nadie...